

INTERVENCIONES

Sobre los usos de la memoria: memoria-momumento, memoria involuntaria, memoria perturbadora

Conferencia dictada en el marco de la entrega del Título de Miembro Honorario de la Universidad Nacional de La Plata, 12 de septiembre de 2013

Alessandro Portelli

Cita sugerida: Portelli, A. (2013). Sobre los usos de la memoria: memoria-momumento, memoria involuntaria, memoria perturbadora. *Sociohistórica*, nº 32, 2 do. Semestre de 2013. Recuperado de: <http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SH2013n32a05>

En un reciente libro sobre las formas contemporáneas de la comunicación lingüística se ha vuelto a mencionar un viejo tópico: que el exceso de memoria sería dañino porque nos condenaría a repetir siempre las mismas cosas, sobrecargándonos con el peso del pasado. Este es un lugar común que tiene una larga historia: recuerdo un congreso en 1981, durante el cual los foucaultianos y los marxistas empezaron a discutir, unos a favor de la memoria y otros en contra. Los representantes del movimiento de *Autonomía Obrera* decían que los verdaderos revolucionarios no tienen memoria, y que es justamente por esta razón que pueden inventar nuevas ideas y experimentar formas de lucha antes desconocidas.

Este debate, sin embargo, no tiene sentido, por muchas razones. En primer lugar, por que la memoria no es ni buena ni mala; la memoria simplemente es: no podemos decidir si tener o no tener memoria, y sólo parcialmente podemos controlar su contenido y su funcionamiento. En gran medida, la memoria funciona como un músculo involuntario, independiente de nuestras órdenes conscientes. Para decirlo con otra analogía, la memoria es como la respiración: podemos respirar bien o mal, podemos respirar aire buena o mala, pero no podemos parar de respirar por mucho tiempo. Estas son unas funciones que podemos ejercitar, entrenar y mejorar, pero que nunca podemos suprimir. No es casual que la figura literaria de la memoria involuntaria tenga muchos ejemplos, desde la canónica *madeleine* de Marcel Proust hasta Toni Morrison y Don DeLillo.

Pero, más en particular, habría que señalar que si bien es cierto que el exceso de memoria puede sofocar la imaginación, es verdad también que por falta de memoria se corre el riesgo de olvidar que ciertas cosas ya ocurrieron en el pasado – y de repetir por lo tanto el pasado creyendo estar inventando algo nuevo o algo nuevísimo, como por otra parte hacían muchos de esos militantes de los años 70 y 80. Tanto la pesadez de la memoria como la ligereza del olvido militan en contra de una relación crítica y consciente con el pasado – y con el presente.

La directora de cinema Susanne Kolb (*Il Manifesto*, 13.7.2012) escribió recientemente:

“La historia cíclicamente vuelve a emerger, y con ella también las ideas, los conceptos, las palabras. Incluso las palabras que creíamos desaparecidas, erradicadas, definitivamente extinguidas, pueden volver a nacer bajo una apariencia de modernidad, escondidas dentro de los pliegues del lenguaje contemporáneo de la publicidad, de la propaganda política y de la comunicación. Esto ocurre también porque el mundo político, y con ello gran parte de la población, no tiene memoria histórica, y no recuerda que algunas expresiones ya se utilizaron en el pasado: no recuerda su valor y sus ecos. A este fenómeno los politólogos le han dado el nombre de *criptomnesia*”

Pero no se trata sólo de palabras. Un ejemplo: en la cultura italiana parece haber una obsesión por los centenarios y las recurrencias: podría considerarse una cultura sobrecargada ritualmente de memoria. A pesar de ello, hubo un aniversario en 2012 que pasó bajo el silencio más absoluto: los cien años de la invasión y ocupación italiana de Libia en 1911-1912. No recordamos que el primer bombardeo aéreo de la historia se realizó en Libia y por aviones italianos; no recordamos los campos de concentración en los cuales Italia encerró a los resistentes líbicos a partir de 1914, es decir, *antes* del fascismo. Así se permite que, en otro contexto, se repitan conductas análogas: desde acordar con los gobiernos libios (incluso después de Gheddafi) el establecimiento de campos de concentración para migrantes expulsados del Mediterráneo, hasta volver a bombardear Libia cien años después, junto con la OTAN. Olvidar las deportaciones de más de 3000 resistentes libios y las indignas condiciones en que fueron tratados durante su detención en Italia autoriza a tratar de la misma manera a los prófugos libios que hoy huyen de la guerra civil. Y mientras tanto, se sigue replicando la falsa memoria del colonialismo italiano benévolo, paternal y civilizador. En este caso, por lo tanto, ha sido el olvido, y no el exceso de memoria, lo que facilitó la repetición del pasado.

Por otro lado, la oposición entre memoria y olvido es falsa también porque el olvido es una parte necesaria de la memoria. Hay una frase de Mario Benedetti esculpida en un lugar de memoria tan trágico como Villa Grimaldi en Santiago de Chile: “el olvido está lleno de

memoria”. O como escribió Borges: “el olvido es una de las formas de la memoria, su vago sótano, la otra cara secreta de la moneda”. Por esto, recordarlo todo como en la metáfora de los cartógrafos del emperador de Borges significa no recordar nada: más que un almacén de datos, la memoria es un constante trabajo de búsqueda de sentido, que filtra los rastros de la experiencia entregando al olvido lo que no tiene más un significado en la actualidad – pero también lo que tiene demasiado significado. En este sentido la imagen borgesiana del “sótano” se conecta con la de Benedetti del olvido como “gran simulacro repleto de fantasmas”: memorias no olvidadas sino suprimidas, que reaparecen en formas perturbadoras cuando se suelta el control. Por esto también las memorias involuntarias en *Beloved* de Toni Morrison o en *Underworld* de Don DeLillo no evocan un pasado idílico, sino el sentido de culpa por un crimen cometido, o la violencia de la plantación esclavista. Sethe, la protagonista de *Beloved*, es una ex esclava que es invadida por las memorias involuntarias evocadas por el perfume de las flores de lavanda, o por la linfa de las plantas de manzanilla que le fluye sobre las piernas al cruzar un campo para ir a buscar agua al río. Pero la dulzura bucólica de los perfumes y de las flores le evocan el horror:

No tenía nada más en la mente... Nada. Sólo la brisa que le refrescaba la cara mientras corría hacia el agua... Luego algo. Las salpicaduras del agua, la vista de los zapatos tirados en el camino, o el perro que lamía el charco bajo sus pies, y de improviso allí estaba la plantación que se extendía delante de ella hasta el horizonte, y aunque no hubiera ni una hoja en esa granja que no le empujara a gritar, su paisaje se abría delante de ella con una belleza que no tenía vergüenza. Nunca parecía tan terrible como era, y le venían ganas de preguntarse si el infierno mismo no podía ser un sitio bonito. Fuego y lava, sin duda, pero en hermosos bosquesitos. Niños colgando desde los plátanos más bellos del mundo.

La contemporaneidad y la contradicción entre la belleza del paisaje y la violencia que lo habita sugieren una relación entre dos formas posibles de la memoria: la memoria como tranquilizante y la memoria como perturbación. De hecho, considerar la memoria como un peso y una repetición es en última análisis el producto de una idea de memoria como un simple almacén inerte – algo inmutable, fijado para siempre en un significado único, intangible y fuera de discusión. Es lo que podríamos llamar **memoria-monumento**: la memoria practicada y a menudo impuesta por las instituciones, como conmemoración y celebración de las glorias del pasado; narración de una identidad nacional que sólo recuerda lo que enorgullece, borrando las sombras y las contradicciones. A menudo ésta es también una memoria individual sobre la cual se construyen los cimientos de una identidad personal. En fin: es la memoria como instrumento para sentirnos satisfechos y en paz con nosotros mismos, y por lo tanto para seguir siendo lo que hemos sido. Pero la memoria es también –

diría casi *sobre todo*, o en todo caso más útilmente – algo que sirve para molestarnos, para poner en duda las certidumbres que nos tranquilizan.

Me gustaría hablar de esta función de la memoria como molestia, a propósito de otro aniversario que se celebró en Italia el año pasado con eventos y ceremonias: los ciento cincuenta años de la unidad de Italia. El 17 de marzo de 2011, en una transmisión de radio sobre este aniversario, se hablaba de la relación entre historia y metáfora, y a mí se me ocurrió que toda la narración de esos días se basaba en una metáfora: la del *resurgimiento*, de algo que resurge, que vuelve a vivir. Pensé entonces en las palabras de Toni Morrison: cada cosa muerta, cuando vuelve a vivir, duele. No se comprende el significado de la palabra “resurgimiento” si no nos preguntamos *dónde* es que esta cosa duele, al volver a la vida.

¿En dónde duele la memoria del “re-nacimiento de la patria”? Para entenderlo no nos sirve tanto la memoria consolidada de libros, celebraciones y museos (muy útiles, por otra parte), sino sobre todo aquella más subterránea e inaprensible que pasa por las familias, por las narraciones privadas y personales – en otras palabras, la historia oral. En estas memorias, el nacimiento de la nación italiana aparece como algo mucho más problemático y menos “respetable” que cuanto aparece en las conmemoraciones institucionales, incluso más problemática que cuanto consideran los mismos narradores.

Hace muchos años, en Terni, en una entrevista en la cual se hablaba de otra cosa, una mujer me explicó esta historia:

El padre de mi padre... se fue con Garibaldi: se marchó el día mismo en que se casó con mi abuela. Catorce años tenía la abuela, y él tenía dieciocho. [Después de la boda] él dijo 'voy a recoger la carne, ve a casa y espérame'. Pero encontró a Garibaldi con toda su gente, a punto de salir hacia Sicilia. Y él recogió la carne y se fue para Sicilia. [Mi abuela] estuvo en casa tres días esperando a su marido, que había ido a recoger la carne. Y mi abuelo volvió no sé cuánto tiempo después. Había combatido.

La memoria de la fundación, entonces – el glorioso antepasado garibaldino del cual ser orgullosos – es también una memoria de abandono y de ruptura: “Luego la familia los desheredó. 'No quiero nada', dijo. Y entonces [emigró y] llegó a Terni”.

Otra mujer, también descendiente de garibaldinos, me explicó: “Mi abuelo iba a ser cura, y se escapó del convento. Huyó, se escondió en el bosque, y por el bosque pasó Garibaldi, así que fue con Garibaldi”. Se dedicó a esta causa hasta el punto de arruinar a toda la familia. En cada “nacimiento de nación” hay un momento de ruptura y uno de recomposición

– es la dinámica norteamericana de revolución/constitución, y quizás también la nuestra, de resurgimiento/unidad. En todas las narraciones familiares que escuché, ir con Garibaldi implica una ruptura. Rompen con la familia: dos hermanos de Terni “se alistaron con Garibaldi a escondida de los padres: dejaron una carta y se fueron todos con Garibaldi”. Rompen con la iglesia: la hija de un partisano que mataron en las Fosas Ardeatinas, también explicaba que su abuelo “se escapó del colegio [de los curas] para ir a combatir con Garibaldi”. Y rompen el orden constituido, huyendo como bandidos: el párroco que me hizo la primera comunión me dijo, años después, que los garibaldinos eran “gente un poco exaltada, sin regularidad”, seguidores de “un bandido afortunado”.

Hay una escisión que cruza por todas estas memorias: se han convertido en memorias de orgullo familiar y patriótico, pero manteniendo el rastro de una ruptura. “A mí me han dicho muy a menudo que la gente que ha ido con Garibaldi eran gente un poco aventurera, un poco... Y eso no es cierto, porque mi familia no era así, no era así. Han ido porque sentían el deseo de esta causa patriótica”. Una bisnieta me explicaba que en su familia están muy orgullosos del hecho que su bisabuelo tuviera amistad con Mazzini y Garibaldi, pero generalmente no mencionan que por estas amistades su bisabuelo pasó muchos años en la cárcel. Un antepasado héroe está bien, un antepasado en prisión es un poco menos bonito; pero antes de ser héroe, uno es bandido y criminal – esta es la dinámica del nacimiento de las naciones.

El nacimiento de cada nación es la constitución de un nuevo orden; pero es también la ruptura traumática y la violación de un orden anterior. Como a menudo acontece con los traumas, las conciencias se organizan para exorcizarlos. A eso sirve también esa forma particular de memoria que es la literatura. La verdadera narración de la revolución americana es “Rip Van Winkle” de Washington Irving: el protagonista se duerme antes de la revolución, y se despierta veinte años después, cuando la revolución ya ha pasado. De un orden se pasa a otro, exorcizando el desorden del período intermedio. La violencia, la guerra, las contradicciones de las cuales nace la nación, quedan sepultadas en el “sótano” del olvido, pero vuelven como fantasmas y pesadillas. Hay un cuento parecido también en la literatura italiana: se llama “Mastro Domenico” (1871), del escritor toscano Narciso Feliciano Pelosini, y explica de un personaje que se duerme en el Gran Ducado de Toscana y se despierta años después en el reino de Italia. Otra vez, de un orden se pasa a otro, exorcizando el trauma del doloroso y desordenado re/surgimiento.

En muchos de estos cuentos familiares Garibaldi “pasa por ahí”. Escuchándolos entendí porqué no hay un lugar de Italia en que no haya una esquela que ponga “aquí durmió Garibaldi”: Garibaldi cruzó Italia entera, desde el extremo norte de Piamonte, hasta el sur

siciliano, desde el oeste de Roma al este de los valles tridentinos y de la costa adriática. Este héroe bandido en viaje, al cual se suman seguidores extemporáneos, es realmente un personaje “*on the road*”: tiene incluso el pelo largo (el semiólogo Omar Calabrese dijo que la figura de Garibaldi está detrás del personaje literario Sandokan, el pirata malayo héroe de las novelas de aventuras de Emilio Salgari, escritas a principios de 1900: pirata, justamente, y combatiente anti imperialista). Luego le harán un monumento, pero vale la pena recordar también la famosa canción infantil que dice “Garibaldi fu ferito” – fue herido en los montes calabreses del Aspromonte, durante el intento de completar el resurgimiento marchando hacia la conquista de Roma. Fue herido por el ejército italiano: el ejército del mismo país que estaba contribuyendo a fundar. *Garibaldi fu ferito* es también el título de un pequeño e importante libro del historiador Mario Isnenghi, que trata de la restauración posterior a la unidad de Italia, cuando se marginaron los héroes rebeldes que habían hecho posible dicha unificación.

De las tres *R* mayúsculas que marcan la historia de Italia – Renacimiento, Resurgimiento, Resistencia – sólo la resistencia no es una metáfora: los partisanos resistieron literalmente. Siempre tendríamos que recordar que los que se llenan la boca de la palabra “Patria” han sido siempre los monárquicos y los fascistas: los mismos que en 1943-45 partieron la nación en dos, entre Brindisi y Saló. Fueron los partisanos quienes juntaron Italia otra vez: los llamaban bandidos (“somos los bandidos de la montaña” decía una canción partisana, y los nazis avisaban en los carteles: “Achtung Banditen!”); muchos de ellos, sin embargo, se hacían llamar “garibaldini”.

Sobre esto también hubo un conflicto, entre las memorias tranquilizadoras autorizadas y las memorias perturbadoras negadas y suprimidas. De nuevo está en juego la figura del nacimiento y de la muerte de la Patria. El 8 de setiembre de 1943, Italia firmó la paz separada con los Aliados; los alemanes – aliados de Italia hasta el día anterior – procedieron a la ocupación del territorio italiano de Roma para arriba. Con una metáfora algo paralela y especular a la del Re/surgimiento, el historiador Ernesto Galli della Loggia, y otros, definieron este momento como “la *muerte* de la patria”: las instituciones se disuelven, el ejército se disuelve, el rey y todas las autoridades huyen para salvarse hacia el sur ocupado por los Aliados. Italia, tal como se había construido a partir de 1860 – monárquica, liberal, fascista – ya no existe.

En el mismo momento, en Roma, hay un movimiento opuesto: unos ciudadanos individuales y unos grupos más o menos organizados, bajan a la calle alrededor de Puerta San Paolo, para defender la ciudad e impedir que los alemanes la ocupen. Aunque este intento de resistencia concluyó con una derrota y con una masacre, algunos otros narradores y

algunas otras memorias lo describen como el nacimiento de una nueva Italia, fundada sobre la soberanía, la subjetividad y el protagonismo de sus ciudadanos. No es casual que los grupos comunistas clandestinos de guerrilla urbana se llamaban Grupos de Acción *Patriótica*. Como dijo Maria Teresa Regard, partisana que combatió en Puerta San Paolo: “yo no fui a Puerta San Paolo porque me lo dijo el partido, sino porque me parecía correcto ir a defender Italia”. Es el principio de la Resistencia con la *R* mayúscula: después de veinte años de silencio bajo la dictadura fascista, y casi un siglo de monopolio de las élites, Italia vuelve a nacer como democracia fundada sobre la ciudadanía activa y con la participación de las masas populares. No es casual entonces que la metáfora que se usa a menudo para la Resistencia es la de “segundo Resurgimiento”, y que la revista teórica del Partido Comunista protagonista de la Resistencia se llamará *Rinascita* (renacimiento): como si la “muerte de la patria” fuera el pasaje inevitable para el nacimiento de una nueva patria. De nuevo, cuando algo muerto vuelve a vivir, duele.

Pero cuando en la Italia democrática se recupera la metáfora del Resurgimiento, se hace básicamente en los términos de la memoria-monumento. De la misma forma, la narración dominante sobre la Resistencia la presenta como un movimiento unitario y espontáneo de todo el pueblo italiano, y la imagen de los partisanos es la del sacrificio (el libro más conocido sobre la resistencia es una recopilación, sin embargo preciosa, de cartas de partisanos condenados a muerte). Quedan excluidos de esta memoria toda una serie de elementos perturbadores: de un lado la presencia y el papel de los fascistas italianos de la República Social, que, siguiendo a Mussolini, siguieron apoyando a la Alemania nazi y se hicieron responsables de las masacres de partisanos y de las deportaciones de los judíos; del otro lado, la componente de violencia que fue inevitablemente parte de la guerrilla partisana, y que continuó luego bajo la forma de las venganzas masivas, incluso después del final de la guerra.

La memoria-monumento de Italia como “república democrática nacida de la Resistencia” se materializa en monumentos a los partisanos mártires a punto de morir, nunca a los partisanos que, en la guerra justa contra el fascismo y el nazismo, dispara e inevitablemente mata. Se niega, por lo tanto, la memoria de esa dimensión de “guerra civil” que, con mucho escándalo, el historiador Claudio Pavone evocara en un importante libro de 1991. Como podemos leer en un manual de historia muy difundido en las escuelas, “para que la República pueda presentarse como patria común de todos los italianos, ha sido necesario en cierta medida alterar la perspectiva histórica”, fingiendo que todos los que no eran activamente fascistas fueran por eso mismo antifascista, y negando así “la cualidad de italianidad a la República Social Italiana”, y olvidando “la ignominia de las *foibe*”, las

cavidades cárnicas en la frontera oriental donde los partisanos yugoslavos arrojaron en fosas comunes miles de italianos, no todos fascistas, que mataron entre 1943 y 1945.

Y termina así: “Este conjunto de alteraciones y censuras, por cuanto sea justificable por la necesidad de fundar una nueva Italia democrática... tiene que terminar”, porque “ninguna unidad nacional sólida puede basarse sobre la reticencia o la alteración de la verdad histórica”. De hecho, la construcción de una narración unitaria ha dado lugar a una profunda disociación, tanto en la memoria pública como en las memorias personales, entre lo que es permitido y tranquilizador de recordar, y las memorias problemáticas y no autorizadas. Las memorias relegadas en el “sótano” del olvido, vuelven a emerger como fantasmas monstruosos. Sobre el plano de la memoria pública, el olvido sobre las *foibe* permite que sean los herederos no arrepentidos del fascismo quienes las evocan y imponen su conmemoración, que las usan en oposición a la memoria de las masacres nazis y fascistas, construyendo versiones exageradas e instrumentales que utilizan para deslegitimar no sólo la memoria de la Resistencia, sino toda la construcción democrática que derivó de ella. Por otro lado, de la memoria de la Resistencia como lucha armada se apropian grupos terroristas como las Brigadas Rojas, bajo la forma de legitimación de la violencia y del homicidio, más allá del contexto histórico.

Más problemática aún es la memoria personal de quienes combatieron la guerra partisana, y que en su curso cometieron acciones que contrastan con su propia conciencia, y con la ética del tiempo de paz. Al contrario de los fascistas, los partisanos no eran portadores de una ideología de violencia y de muerte; el haber practicado la violencia, el haber matado – y el ver que esta experiencia es excluida de las memorias autorizadas – producen dolorosas disociaciones dentro de las consciencias mismas. “Matar es algo contra la naturaleza”, dice la partisana Carla Capponi, recordando su primera acción armada. El partisano Rosario Bentivegna recuerda que “había escogido [estudiar] medicina” por que “pensaba que si me llamaban a las armas, como médico no tendría que matar a nadie, sino que podría intentar salvar vidas humanas”. Después de su primera acción de guerrilla, “estábamos destrozados... Había disparado contra un hombre. No podía hablar, no conseguía mezclarme otra vez con mis amigos”. Es una disociación que empieza en el momento mismo de la acción, y sigue en la memoria: “Era como si tuvieramos un escudo alrededor, casi como si nos quisieramos defender de esta cosa, porque era una cosa tan anormal para personas como nosotros”, recuerda Maria Teresa Regard. Lucia Ottobrini, una mujer profundamente religiosa que durante la ocupación nazi hizo muchas operaciones de guerrilla armada, lo resume todo con estas palabras: “Durante la Resistencia yo pensaba: es como si

estuviera transgrediendo, me daba vergüenza dirigirme a Él [a Cristo]. Si lo pienso después, digo: que extraño, ¿era realmente yo la que hacía esto?”.

Un ejemplo interesante es la memoria de la batalla combatida entre partisanos y fascistas el 10 de mayo de 1943 en Poggio Bustone, en la frontera entre Lazio y Umbria. En el curso de la batalla murieron algunos de los jefes del fascismo local. Hay diferentes versiones sobre su muerte, pero la más probable (incluso desde el lado fascista) es que los mataron después de haberlos rodeado, mientras intentaban una acción desesperada con las armas en la mano. Dante Bartolini – que formaba parte de esa unidad partisana, pero no estaba presente en la batalla – explicaba este episodio de dos formas incompatibles entre ellas. Por un lado, en un discurso en público, describió la muerte de los fascistas como si hubiera sido una ejecución a sangre fría; por el otro, en una canción escrita para conmemorar la victoria partisana, la explica como si hubiera habido un juicio regular, una condena, un encarcelamiento. Juntas, las dos versiones son una imagen de la fractura, entre un deseo de orden y legalidad, y la conciencia de haber sido poseídos por sentimientos casi inexpresables, de furor y de odio, en el curso de la batalla. Una guerra, incluso una guerra justa de liberación, no implica sólo acciones de las cuales puede crearse una razón en nombre de la necesidad, sino también estados de ánimo que son constitutivos de estas acciones, difíciles de reconocer en el momento de la memoria y de la conmemoración. No es casual que Bartolini describe los partisanos de esa misma batalla fuera de cualquier retórica conmemorativa: “como lobos... sedientos de esa sangre traidora”. Mario Filipponi, uno de los protagonistas de esa acción, recuerda:

Quando has estado en la montaña siete meses, u ocho, o un año, cuando bajas eres una especie de animalito. Es inevitable. No era un hombre normal. Yo hoy digo: era un animal. Me doy cuenta que en esos tiempos yo ya no razonaba. Tú bajas de la montaña, con ese odio continuo, la guerra continua, las armas, esperándote siempre que te dispararan desde atrás, entonces estás tan cargado que antes de meterte en línea otra vez, no es fácil, no es fácil.

Y al final, la imposibilidad de explicarlo produce silencio: “No conseguía hablar”, dice Rosario Bentivegna. Y el partisano Mario Fiorentini: “De estas cosas no hay que hablar nunca, ni hoy, ni mañana, ni pasado mañana”. Son memorias no autorizadas sobre el nivel del discurso público, memorias involuntarias sobre el nivel del recuerdo personal, y memorias perturbadoras sobre ambos niveles.

En *Underworld* de Don DeLillo, cada vez que en la memoria del protagonista afloran imágenes involuntarias que lo molestan – la relación con el padre, la matanza de un mafioso en el Bronx – el flujo de conciencia es interrumpido por unas fórmulas repetidas, siempre

iguales y fuera de contexto, como fragmentos enlatados de discursos que emergen automáticamente para bloquear a los pensamientos arriesgados, pero que, al mismo tiempo, son los que los contienen (la fórmula más frecuente tiene que ver con la obsesión por el tratamiento de los desechos domésticos – un proceso que sirve para eliminar de la vista unos objetos fuera de lugar, impuros, desagradables, exactamente como esas memorias). Estas fórmulas representan, morfológicamente, la obsesión del control; funcionalmente, la imposibilidad de controlar la memoria y la conciencia. Son, en fin, el equivalente verbal de la memoria-monumento – una esquela, un artefacto inmodificable de mármol o de bronce, que cubre o esconde todo lo que hay detrás y que no queremos ver. Todo lo que en cambio sería necesario ver y escuchar, para intentar comprender mejor quiénes somos y a través de qué procesos nos hemos vuelto los que somos. Para esto, en fin, sirve la memoria.